

La Alianza Productiva de El Salvador ante la propuesta de diálogo

He leído con todo respeto el manifiesto de Alianza Productiva ante la propuesta de diálogo (Diario Latino, 13 de marzo de 1981), que parece emanar del FDR y de la DRU. Porque merecen todo respeto quienes lamentan el asesinato de “muchos elementos de ese pueblo, campesinos, obreros, hombres de empresa, profesionales, empleados públicos y privados, mujeres y niños inocentes” y de tantos miembros de la fuerza armada que “han llegado hasta el máximo sacrificio de sus vidas”. Con respeto, una vez más, porque si lo que más duele y golpea la conciencia es esa despiadada riada de sangre y muerte, es de esperar que Alianza Productiva se ponga a favor de aquella salida política que acabe con la violencia, el odio y la muerte. Así era de esperar, porque “la aplastante manifestación de la voluntad (del pueblo) ha sido clara: desea vivir en paz, dedicado a su trabajo”..., dice el manifiesto.

Sin embargo, Alianza Productiva presenta la situación y la solución siguiendo otro cauce de ideas: el FDR y los suyos, luego de lanzar una ofensiva final y destruir una parte notable de la economía y de vidas nacionales, piden diálogo y mediación, cuando se ven perdidos y derrotados por las armas. Alianza Productiva, volteando el pulgar hacia el suelo, “se permite definir su posición en la siguiente forma: 1) Si algún diálogo debe sostener el gobierno es con las fuerzas de la paz y del trabajo, los gremios y las organizaciones que han construido y que siguen construyendo El Salvador, y no con aquéllos que están dedicados a la muerte, la destrucción y el caos...”

Sin duda hay una elevada carga emocional, comprensible, en este manifiesto; pero la carga emocional nos induce fácilmente a decir verdades a medias, a dejar sin luz el lado oscuro de la luna. Porque esta proclama comienza a relatar los hechos desde enero de 1981, en que se habla y se pasa a una “ofensiva final”, cerrándose a todo diálogo que no sea el de las armas. Sin remontarnos muy lejos y retrocediendo simplemente a 1970, nos encontramos con repetidas solicitudes de diálogo de parte de ese pueblo laborioso “que ha construido El Salvador”, y esas solicitudes encontraron puertas cerradas y oídos sordos.

En 1970 se celebró en la Asamblea Nacional un Congreso de Reforma Agraria, con participación abierta de diversas agrupaciones nacionales. Al primer día del Congreso la representación de la empresa privada abandonó despectivamente la “sala azul”, sacudiendo el polvo de sus pies. Este cierre al diálogo sobre el mismo tema se repetirá, en octava alta, en 1976 cuando el presidente Molina dio marcha atrás al proyecto inicial de la transformación agraria, oficialmente aprobado y aun apoyado por la Fuerza Armada; una vez más el sector privado (FARO, ANEP...) interpone su poder, haciendo perder la esperanza campesina de lograr una reforma agraria por la vía legal y democrática. La propia Proclama de la Fuerza Armada (15 de octubre de 1979) reconfirma los fraudes electorales, que en expresión de Alianza Productiva constituyen “la expresión de la voluntad mayoritaria del pueblo que habrá de manifestarse en elecciones libres”. Una vez más se cierra así la vía al diálogo más elemental de la voluntad popular y se debilita la esperanza de que

en un próximo futuro pueda “manifestarse en elecciones libres”. También durante la pasada década se cerró repetidas veces el diálogo y creció la suspicacia, hasta la represión, frente a organizaciones sindicales urbanas y gremios campesinos. Leyendo sin apasionamientos la Proclama de la Fuerza Armada, hombres de armas y hombres del pueblo, se reconoce el acoso y el acorralamiento a que en las pasadas décadas se había sometido al pueblo trabajador. Y ello justificó su levantamiento militar.

Por desgracia, y por tantas desgracias pasadas, los grupos en la oposición no creyeron sincera esa oferta de diálogo y de reformas, porque de hecho no cesaba la represión. A todos nos duele que la incompreensión mutua haya llevado el conflicto hasta la “ofensiva final”.

Llegados a este punto, estimo que el manifiesto de Alianza Productiva contiene una serie de afirmaciones inconsistentes y de errores tácticos. El manifiesto dice así: “Es en esta coyuntura, cuando ya se evidencia la derrota ideológica y militar de la acción subversiva, obediente a estratégicos planes de penetración y dominación continentales, que surgen por voces de distinto nivel y en aquellos países más trabajados por el FDR y la DRU, los llamados al “diálogo” como recurso único para resolver la crisis salvadoreña y hasta las ofertas de mediación”.

En primer lugar este párrafo da muestras de muy mala “pedagogía” al proclamar derrotados a aquellos grupos armados de quienes la prensa diaria (y los propios oídos) nos cuentan acciones que muestran todo lo contrario; esto equivale a azuzar al adversario para que demuestre que no está derrotado. Y todo ello se va a traducir en más muertes de la población indefensa (que son los que más mueren) y de los cuerpos militares, que Alianza Productiva dice lamentar; aunque no aparece ningún lamento por las muertes del otro lado, que también son hijos de la misma patria. El manifiesto anuncia, sin que hasta el presente tengamos pruebas fehacientes: “la derrota ideológica y militar de la acción subversiva”. Alguien ha dicho que en este conflicto “no hay vencedores ni vencidos”, y sin duda históricamente esta frase es más cierta, porque sin diálogo y sin tregua la “ofensiva final” corre el riesgo de transformarse en “guerra prolongada”.

Pero quizás lo más golpeante es insinuar y patrocinar la derrota final del adversario salvadoreño; porque no hay derrota sin derrotados,

sin más muertes, sin más odios, sin más guerra. Y el único resultado a que puede llevar la solución armada es a “ganar la batalla y perder la derrota”. Gana la batalla hoy quien dispara más, quien mata más, quien destruye más; pero con ello está perdiendo la guerra del mañana, la guerra de la reconstrucción, de la colaboración, la guerra por la fraternidad. Y perderá la guerra precisamente porque ha ganado la batalla, porque ha matado más, porque ha multiplicado los odios en más familias, porque ha sembrado a profusión la semilla de la revancha, del sabotaje, de la irracionalidad.

Con una mirada de más largo plazo y de mayor humanismo, dejando de lado la emotividad presente, ha habido grupos políticos, gobiernos e instituciones de dentro y de fuera del país que han planteado el “diálogo” como posible solución y se han ofrecido a sí mismos como “mediación” entre los contendientes. Y no es El Salvador el primer país donde se ha logrado el diálogo y la mediación. Por todo ello no podemos dejar de mostrar nuestra extrañeza ante la desafiantes posición que toma Alianza Productiva: “Lo que no puede dejar de señalarse, por sus peligrosas consecuencias, es la resonancia y acogida favorable que tales llamados han tenido en el sector político del gobierno y en representantes de la Iglesia católica, en sus más altos niveles”. Y ya que lo han señalado, yo invité a Alianza Productiva a reflexionar dónde pueden estar “las peligrosas consecuencias”, y quiero utilizar para ello un ejemplo casero.

En 1969 se genera un conflicto armado entre Honduras-El Salvador. Las causas las conocemos y ahora vemos que fue la emotividad nacionalista quien empujó al gobierno a dirimir el conflicto por las armas. No sé decir quién ganó la batalla; pero sí es cierto que los dos países perdimos la guerra: no hubo vencedores, pero sí hubo vencidos. Las balas no dieron la razón a nadie, no acabaron con los odios sino que los incrementaron. Lo que sí lograron destruir fue nuestras economías, nuestro Mercado Común, nuestra fraternidad. Creo que los que en 1969 aplaudieron la guerra, han aplaudido con más entusiasmo y más racionalidad la mediación de la paz de 1980. Si en 1969 privó la emotividad, en 1980 ganó el triunfo la racionalidad. Lástima que el proceso de la emotividad a la racionalidad costó 10 años de deterioro y crisis. No volvamos en 1981 a retroceder a la emotividad de 1969, y ahora entre salvadoreños, porque eso nos puede costar otros

10 años más de retroceso económico, social y humano.

Los miembros de Alianza Productiva conocen el adagio: "el mayor beneficio del empresario es la tranquilidad"; y es necesario devolver al empresario la tranquilidad para rehacer nuestra débil y debilitada economía nacional. Por falta de esa seguridad, por amenazas personales, por sabotajes y huelgas..., muchos empresarios y hombres de negocios han abandonado el país, haciendo más difícil el relance real y monetario del sistema económico. Es la situación real y objetiva de la economía un factor determinante en la elección de la salida política que se busque al presente conflicto.

A la verdad, hablando con hombres de negocios, sale sobrando acumular demasiados datos estadísticos, que ellos los sienten en carne propia; baste algunos para enmarcar la presente situación objetiva. La creciente violencia política y los bruscos cambios en la conducción de los asuntos públicos han provocado una fuga de capitales, que algunos analistas calculan en más de 2,000 millones de dólares. Si en 1979 el PIB sufrió una contracción de 1.5%, en 1980 se estima (CEPAL) una disminución del 6%. El valor agregado del sector agropecuario fue sólo de un 2.1% en 1979, contra un 10.1% en 1978 (BID). Entre 1979 y 1980 unas 10,000 manzanas de café fueron afectadas por la roya, anunciando resultados más desfavorables. La ganadería (que integra un 17% del valor agropecuario) sufrió una contracción del 1.5%, ocasionada por la reducción de la cuota de exportación a los EE.UU. y sobre todo por la salida de buena parte del hato ganadero hacia Guatemala. En el sector industrial se registró en 1979 una contracción del 5.6% respecto al año anterior, agravándose la situación en 1980; un estudio de la Cámara de Comercio e Industria, que abarcó 232 importantes empresas, muestra que el nivel de ventas, en los cuatro primeros meses de 1980, había descendido en un 5.5%. Ello ocasionó el cierre de 42 importantes empresas, que daban trabajo a 12,367 obreros y empleados; esto en el primer semestre de 1980. La inversión disminuye en 20.8% en

1979 (Cámara de Comercio Francia-América), y en 1980 la inversión extranjera en El Salvador fue sólo de \$35,000. El desempleo creció en 15% en 1979 a lo que se añadió un aumento del 11.5% en el primer semestre de 1980: añadiendo estos datos al desempleo ya antes existente tenemos en 1981 una tasa de 55% aproximada de desempleo de la mano activa. La balanza de pagos registró un déficit de 121.7 millones de dólares en 1979 y se calcula que para 1980 el déficit haya ascendido a los \$160 millones. Las reservas internacionales (unos 200 millones de dólares entre 1975-1978) descienden drásticamente en 1979, de manera que a fines de febrero de 1980 eran sólo de \$17 millones, "lo que representaba apenas una semana de importaciones".

Por añadidura, si en 1981 somos unos 5 millones de habitantes, los que vivan para el año 2,000 alcanzarán la cifra de los 10 millones. A partir de los datos anteriores de nuestra débil, y debilitada economía, hay que crear esos puestos de trabajo, esos servicios de educación, salud, higiene, hay que construir esa multiplicidad de viviendas, hay que conseguir el capital que lo pueda financiar, hay que hacer una "economía nueva"... Estos son los datos reales, y no emocionales, que debe tener presente la izquierda, la de recha y el centro. Estos son los datos reales, que unidos a la historia real y acorralamiento y marginación de las mayorías trabajadoras minusvaluadas, han llevado al desesperado conflicto actual. Estos datos no se corrigen, si no se empeoran, con la destrucción de más vidas y más bienes de producción; el único correctivo posible es la colaboración de la "mano tendida".

Saquemos algún fruto de nuestro conflicto, de nuestra mediación y de nuestra paz con Honduras. En un diálogo y en una mediación, ambos tienen que ceder; y ya sería un gran logro el que ambos accedan al "cese del fuego". El resto del diálogo dejémoslo al mismo diálogo, porque sin duda "la verdad está en el medio". Y el medio se alcanza si los extremos renuncian a la violencia.

D.C.E.